

# Expurgo

---

—*M. Demasiado*—

Cada cierto tiempo la dirección de la Biblioteca General consideraba necesaria, dentro de sus planes de mantenimiento, la tarea del expurgo. Sin embargo, aunque en todos los planes y memorias aparecía el apartado correspondiente, varias páginas redactadas en tono burocrático acerca de la necesidad de esta labor y de los beneficios que se derivarían como consecuencia, raramente se habilitaban las partidas económicas necesarias ni los recursos personales mínimos. De modo que ahí quedaba la cosa. Siempre quedaba ahí. Después en la memoria se desgranaban los consabidos inconvenientes que habían hecho desistir en la aplicación del pretendido plan. No hacía falta mucho, bastaba con copiar de un año para otro, de una memoria para otra, porque en realidad las causas eran siempre las mismas. No es una labor que agrade al personal y la tarea tiene creada una cierta leyenda maldita, que no es del gusto de nadie ser la mano ejecutora, una especie de verdugo de las letras. Si en alguna ocasión se estuvo cerca de iniciar el expurgo todos cruzaron los dedos mirando en su derredor, encontrando en los otros las cualidades necesarias para llevar a cabo la labor sin demasiados perjuicios para la paz de la biblioteca. Claro que la experiencia decía que sólo era ruido.

Así que cuando al recién nombrado director, don Romualdo Galeote, se le ocurrió mentar la bicha, muy pocos creyeron que anduviera hablando en serio. Después se echaron a temblar. Porque el señor Galeote era muy suyo y se había leído el plan. Y el plan decía... Bueno, lo de todos los años. Todos recordarían más tarde el momento como uno en los que la realidad se acercó más a lo estipulado. A punto se estuvo. A un tris de. Ya casi ni recordaban que las buenas intenciones formaban parte del desarrollo de los acontecimientos posteriores. Entonces aparecían las verdaderas dificultades. Había que adecuar un espacio suficiente y planificar la revisión

sistemática de los fondos sin que ello afectase al funcionamiento cotidiano de la biblioteca, en todas sus vertientes, sobre todo en lo referente a estudiosos e investigadores, y sin olvidar a los lectores habituales. Además estaban de por medio las dos cuestiones que acababan por dar al traste con cualquier intento bienintencionado. Las dos venían a ser una ya que la disponibilidad de personal y la económica como que muy separadas no fueron nunca. Don Romualdo Galeote vio frenado así el ímpetu inicial que decía bien de él en cuanto a propósito, pero que se esfumó apenas entró en contacto con la realidad. Fue un proceso de sublimación que más de un científico experimental hubiera deseado presenciar in situ. Claro que la tenacidad del señor Galeote era, estaba sobradamente comprobado, a prueba de cualquier realidad por muy terca que fuese.

Había reparado el señor Galeote desde la atalaya de su despacho acristalado en un operario de la biblioteca especialmente activo. Iba y venía de un lugar a otro, siempre con alguna encomienda. Esta laboriosidad no pasó desapercibida para don Romualdo. Quién es, preguntó. Y le dijeron. Tirso Medrano Lupe era un empleado asignado a la Biblioteca General tras la remodelación de una de las desaparecidas bibliotecas municipales. Rondaba los cincuenta aunque al señor Galeote se le antojó, de ser cierto, bien conservado. Procedía, al parecer, esto nadie consiguió afirmarlo con seguridad, de un concurso-oposición en el que, extrañamente, consiguió por méritos propios el acceso a una de las plazas. Eso, para don Romualdo Galeote, harto de tratar con toda esa ralea de parientes en todos los grados posibles de los subsecretarios, lo significaba todo. Quiso saber y preguntó por las funciones que realizaba dentro del organigrama de la entidad. Eso a la secretaria le descolocó un poco, al principio sobre todo. Ah, qué hace Tirso. Pues Tirso no era precisamente imprescindible, andaba por allí echando una mano, sin una tarea fija. Desde que se incorporó a la plantilla fue difícil ubicarle en un puesto concreto, de modo que ahí andaba. El señor Galeote se frotó las manos. ¿Pasaba algo con Tirso?, quiso saber la secretaria, extrañada. No, no, qué va a pasar, nada. Pero a don Romualdo Galeote no se le fue de la cabeza en toda la mañana, en toda la tarde, en todas las mañanas y todas las tardes de los tres días siguientes. De modo que decidió cruzar unas palabras por si conseguía disipar las pocas dudas que le quedaban al respecto.

A Tirso, que andaba en la fotocopidora, le sonó raro que le llamaran de arriba. Ya está, pensó. Porque Tirso pensaba que desde arriba no te llaman más que para mal. Lo iba a ver, para mal, seguro, a ver qué otra cosa se puede esperar de arriba. Subió las escaleras metálicas que llevan a la sobrepanta donde se hallan las dependencias administrativas con el mismo ánimo con el que un condenado a muerte subiría los peldaños de su cadalso. Entró en la oficina y no le dio tiempo a nada porque aún no había abierto la boca cuando le indicaron que don Romualdo Galeote le esperaba en su despacho. Peor. Mucho peor, pensó Tirso, poco acostumbrado como estaba a interlocutores principales.

Le tranquilizó la sonrisa con que el señor Galeote le recibía. Pase, pase y siéntese, y Tirso

obedeció. Era Tirso Medrano propenso a la obediencia dócil, una virtud de la que jamás se supo desprender. Su espíritu crítico jamás alcanzaba a manifestarse de otro modo. El señor Galeote había echado a hablar y algo decía acerca de haber notado en Tirso unas virtudes que no llegó a enumerar pero de las que estaba muy seguro. Mucho más que Tirso. Después le dijo lo del expurgo. Tirso sabía qué era eso, pero reconoció que nunca había participado en dichas labores. Algo dentro de la más estricta normalidad si se tiene en cuenta que, que Tirso supiera, jamás se había puesto allí manos a la obra. Pues las cosas iban a cambiar. Eso andaba diciendo el señor Galeote. Mira Tirso, tú te vas a encargar, le dijo, a partir de mañana ese será tu trabajo. El segundo sótano se había habilitado una salita con todo lo necesario para acometer el primer expurgo de la historia de la biblioteca. Tirso era el elegido. No es labor de un día, le advirtió don Romualdo Galeote, desde luego, y mucho menos teniendo en consideración que sólo él se pondría manos a la obra. Tirso fue a explicar que él no se sabía preparado para la labor que se le encomendaba, pero eso, el señor Galeote parecía haberlo previsto y puso en sus manos un dossier completo sobre los pormenores de lo que a partir de entonces sería su trabajo en la biblioteca. ¿Todos los días? Todos. Además la filosofía del expurgo sufría, mejor gozaba, de un giro radical en su concepción. Así se lo anunció el señor Galeote. A partir de ahora el expurgo se desprendía de su carácter anual jamás cumplido para convertirse en un proyecto cotidiano y continuo. En un par de días, tres a lo sumo, el tiempo necesario e imprescindible para que Tirso se pusiera al corriente de todo, comenzaría. Quedaba obligado también, al margen de la realización del expurgo, a la elaboración y presentación ante dirección de un informe mensual con objeto de evaluar el progreso y la adecuación de la tarea que se le encomendaba.

Tirso abandonó el despacho del director mirando el dossier y preguntándose si había razones o no para sentirse satisfecho. Y encontraba razones tanto para una cosa como para la otra. A Tirso Medrano el equilibrio de alegrías y penas, de pros y contras, de tal cosa y de tal otra, le quedaba por lo general muy parejo y quizás por eso predominaba en él esa disposición a la indecisión y la duda. Ahora por ejemplo no sabía muy bien qué pensar. Abrió el dossier y leyó el titular del primer documento: Definición y fundamentos del expurgo. Se le antojó que de nuevo regresaba al temario de oposiciones. Aún resonaban en su interior las últimas recomendaciones del señor Galeote.

Al día siguiente, al llegar a la biblioteca, supo que debía dirigirse al segundo sótano. Sobre la puerta de una de las salitas alguien había colocado un cartel. “Sala de Expurgo”. Era un recinto iluminado desde el techo por dos barras fluorescentes. Las paredes laterales se hallaban ocupadas por dos enormes estanterías vacías por completo. El espacio central se hallaba ocupado por una enorme mesa de madera y una silla de brazos. Sobre la mesa, una lámpara flexo y una máquina de escribir. Tirso aparcó la máquina de escribir en una de las estanterías mientras distribuía en su imaginación las funciones a las que se iban a dedicar. Depositó el dossier y se sentó. Tiempo de

estudio, se dijo, y comenzó a hojear los materiales que el señor Galeote le entregara. Al terminar la primera jornada su cabeza bullía de excepciones -manuscritos, incunables y libros raros-, criterios objetivos y subjetivos, antigüedad de los ejemplares, duplicidades no deseadas, disponibilidad en otras bibliotecas, contenidos temático, estado físico, deterioro del ejemplar y actuación propuesta por el encargado del expurgo. Revisó también un modelo de informe que el señor Galeote había adjuntado quizás con el fin de dejar claras sus preferencias. Nada que objetar, a Tirso tanto le daba. Hizo un listado mental de todo lo necesario, material fungible incluido, y se trazó un plan que, a duras penas, consiguió evitar la tentación de plasmar por escrito. Después decidió organizar su jornada distribuyendo su tiempo en las diversas labores que el expurgo exigía. No quiso molestar a don Romualdo con nimios problemas de intendencia, así que se procuró un carrito de supermercado con el que hacer más llevadero el acarreo de los volúmenes hasta la “Sala de expurgo” a través del ascensor. Una vez allí los volúmenes pasaban a lo que Tirso dio en llamar estantería de entrada. Más tarde acabarían en la de salida y finalmente el ascensor los regresaría de nuevo en el carrito a sus ubicaciones originales. Echó en falta un depósito para el estrío y otro, sobre todo éste, para los casos dudosos. Porque desde el principio le ocurrió lo de siempre.

A partir del tercer día fue habitual verle atravesar la sala de la planta baja, en silencio, saludando apenas con un movimiento de cabeza, y perderse por el pasillo que daba al ascensor. Bajaba a la “Sala de Expurgo” se embutía su guardapolvos gris, tomaba el carrito e iniciaba su jornada. Tras el acarreo iniciaba la fase sedentaria. Tomaba un ejemplar de la estantería de entrada, examinaba minuciosamente el estado físico de sus guardas, de su lomo y la integridad de sus tripas. Anotaba con esmero y detalle todo lo que creía digno de ser anotado y lo depositaba en la estantería de salida, caso de ser indultado. A falta de solución más aparente habilitó la pared del fondo como almacén provisional de expurgados definitivos y de dudas. Calculaba el tiempo restante de modo que le permitiera devolver a sus estanterías originales los volúmenes que habían pasado su inspección. Así eran sus días. Salvo el último de cada mes que dedicaba a la elaboración del informe comprometido. En él daba cuenta diaria de sus avances indicando la sección a la que había dirigido sus esfuerzos. Literatura Inglesa. Desde Aboulela, Leila, hasta Barry, Sebastian. A continuación y por el mismo orden en el que aparecían en la nomenclatura los diversos títulos, autor, editorial ISBN caso de haberlo, su estado y finalmente la propuesta. Propuesta que Tirso daba por definitiva y ejecutaba sin remilgos. La primera vez que Tirso Medrano entregó un informe esperó con cierto nerviosismo algún tipo de repercusión, algún comentario. De arriba. No se atrevía Tirso a pensar en qué sentido. Pero creía que lo iba a haber. Esperó en vano. Ni un solo signo pudo detectar que le hiciera pensar que nadie se había molestado en echar un vistazo. Sí, sí, ya lo hemos archivado, se limitó a reconocer una chica del personal de administración cuando, en un arranque insólito de decisión del que no sabía aún si tendría que

arrepentirse más tarde, se presentó en oficinas. Lo habían archivado, eso era todo. Y el material expurgado, preguntó, qué hago. Ah, el señor Galeote dijo que usted se encargaba de todo. Sabía pues a qué atenerse.

Las jornadas de trabajo se convirtieron pues en pura rutina. El tiempo pasaba sin sentir y al cabo de unos meses las pilas de libros expurgados se iban mezclando peligrosamente con los dudosos formando un ingente montón que iba conquistando el espacio libre, el poco que iba quedando, de la sala. Pero Tirso no quiso preguntar más. Para qué, se dijo, si ya sabía la respuesta. Él se encargaría. De todo. Acarreaba, revisaba, anotaba y decidía. Puntualmente, el último día de cada mes, Tirso entregaba su informe en oficinas. Lo hacía ya sin esperanza alguna. Durante el proceso, cada vez con menor frecuencia, a veces dudaba acerca del destino de un volumen. “Las ratas”, Miguel Delibes, ligeramente deteriorado, dudoso. “Museo de la soledad”, de Carlos Castán, ligeramente deteriorado, dudoso. Cada vez eran menos sus dudas. Propuesto para expurgo, era su decisión final más frecuente cuando las dudas aparecían. Y trataba de depositarlos a la espera de su eliminación definitiva, cada cosa en su lugar, nada fácil porque las torres de libros iban derrumbándose unas sobre otras, mezclándose, invadiéndolo todo y empujando a Tirso, con su mesa de trabajo, hacia la puerta. A este paso, pensaba Tirso, no podré entrar. Supo que había que ir pensando qué hacer.

El expurgo seguía adelante, los informes se archivaban, de eso estaba Tirso Seguro, y había decidido deshacerse de todo el material expurgado. Al terminar su jornada, a veces antes, cargaba el carrito, subía a la planta de calle y tomaba por el pasillo posterior. Nunca pensó que le fuera de utilidad alguna conocer la existencia de aquella puerta falsa lateral que jamás, que él supiera, se había utilizado. Daba a un callejón oscuro y húmedo por el que se alcanzaba la Rúa vieja. Desde allí, Tirso sabía que aún le quedaba un buen trecho hasta alcanzar la librería de viejo de don Benito Zurcido, un bibliófilo empedernido que poseía además la impagable virtud de no preguntar, de no querer saber. Tirso le quiso decir, pero el le cortó, Tirso, que él no era curioso. Tirso mataba así dos pájaros de un tiro. O tres. O más. A saber los pájaros que Tirso tumbaba con un tiro a la librería de Zurcido.

Tirso no pudo evitar que la rutina le empujase por el camino de la desidia. Olvidaba presentar sus informes en oficinas, confundía los días de la semana y guardaba fiesta el martes, o el viernes. No era la primera vez que se encontraba con las puertas de la biblioteca cerradas, era domingo, o cualquier otra fiesta de guardar, y Tirso regresaba a casa haciendo cábalas. Nunca nadie le pidió explicaciones. De nada. Esperaba con aprensión que en cualquier momento le llamasen de arriba. Pero no. Nunca pasó nada. Y Tirso pensó que mejor se olvidaba y se dejó llevar por aquel estado de cosas. No hacer nada pasó a convertirse en una de sus tareas diarias. Una de las más importantes. Una vez al mes olvidaba presentar el informe. No era sorpresa que nada sucediera. Nadie le iba a pedir explicaciones.

Fue por entonces cuando Tirso encontró, en el interior de tres novelas distintas y en un breve intervalo de tiempo, aquellos tres pliegos que le habían de costar la salud. Estaban escritos en una caligrafía próxima a la bastardilla y se notaba el esmero con que habían sido elaborados. Aparecían también croquis minuciosos, con sus anotaciones correspondientes, que representaban algo diferente en cada una de ellas. Una máquina, una constelación, un intrincado laberinto. Tirso trató de descifrar los textos, pero comprendió que tal vez se hallaban escritos en un idioma que él desconocía. Pensó en don Benito Zurcido, pero tampoco él supo darle razón. Convino con él en la rareza de lo escrito, en el desconocimiento del idioma, en la belleza de los trazos, en la caligrafía sugerente y, lo que era peor, en la completa inutilidad de andar perdiendo el tiempo en aquel galimatías. Parecían los pliegos haber pertenecido a algún tipo de códice, por las trazas al mismo códice, pero del mismo modo podía tratarse de una copia desechada por alguna razón y que alguien olvidó por algún motivo. Por qué estaban allí era un misterio tan grande como su significado. Don Benito Zurcido le devolvió las fotocopias con las que había intentado indagar entre sus conocidos, mucho más entendidos que él. Sin resultados.

Tirso Medrano se olvidó por completo de la labor de expurgo y se obsesionó con aquellos tres pliegos, con su caligrafía, con sus bocetos, y pensó que su futuro pasaba por la interpretación de aquel idioma extraño en el que alguien, hacía mucho tiempo, plasmó su secreto. Estaba dispuesto a descubrirlo. Se sentía llamado a ello. Y a ello iba a dedicar más tiempo y más salud de la aconsejable. Ni siquiera don Benito Zurcido consiguió hacerle ver el sinsentido de aquella obsesión.

Últimamente había notado Tirso que se le hacía desconocido el personal de la biblioteca, pero lo achacó a vaivenes laborales que a él, seguro, le habían pasado desapercibidos. No era capaz de reconocer a quienes debían de ser sus compañeros. Ellos, con toda seguridad, le habían de ver como un vestigio humano de lo que en algún tiempo había sido la biblioteca. Tirso Medrano se había convertido en una rara especie de sombra que no existía sino para sí mismo. Lo había comprobado ya cuando, cansado de la ingente y fósil labor de expurgo decidió interrumpir cualquier actividad dirigida a ese fin. A partir de entonces se dedicaría a desentrañar el secreto guardado, quién podía saber desde cuando, en aquellos tres pliegos que le quitaban el sueño.

Seguía entrando y saliendo a su hora y nadie hubiera dicho que no anduviera cumpliendo sus obligaciones, fueran esta las que fueren. Hubiera perfectamente dejado de existir y lo nadie hubiera notado. Nadie le habría echado en falta. Es posible que algún empleado se sorprendiera de no cruzarse con él en el ascensor, por los pasillos, pero lo achacaría al principio a alguna baja por enfermedad, después ni lo recordaría. Se había convertido en un ser invisible.

Seguía atendiendo los encargos esporádicos y cada vez más concretos de don Benito Zurcido. Ya no le entregaba, no podía ser, el resultado de ningún expurgo. Pero don Benito siempre encontraba una petición que hacerle al respecto y él no estaba dispuesto a desairarle. Así

que no encontraba Tirso inconveniente alguno en sustraerlo sin importarle las consecuencias. Tenía Tirso la sospecha de que los ejemplares que él le entregaba a don Benito Zurcido terminaban de nuevo en los anaqueles de la biblioteca general. A Tirso le constaba, por ejemplo, que un ejemplar concreto de “Sotileza, de Pereda, había sido objeto de varias transacciones. “¿Otra vez Sotileza, don Benito? No sé si la habrán repuesto”. “Seguro que sí, Tirso, seguro que sí. Tú miras, por si acaso”, le decía el librero. Y Tirso miraba y allí estaba aquel ejemplar que don Benito se encargaba de cobrar cada vez más caro. Pues igual con otros. “Don, Benito, anda usted jugando con fuego”, le prevenía Tirso. “Bah, ni se enteran, Tirso, es lo que tiene andar tirando con pólvora del rey”.

Para entonces andaba ya Tirso sumido en un mundo tan irreal y falto de lógica que no conseguía discernir con acierto entre la realidad y aquella ficción que le llevaba a encerrarse durante jornadas enteras en la “Sala de Expurgo”, tratando de desentrañar lo que a veces, en un arrebato de locura, creía por fin haber por fin descifrado. Después todo era un vuelta a empezar. En ocasiones se olvidaba de comer y dormía allí mismo, no veía la necesidad de diferir para mañana un intento nuevo, una nueva línea de investigación que creía a punto de dar sus frutos, de resolver el enigma. Había descuidado su higiene personal y de haberse visto reflejado en un espejo ni se habría reconocido.

Uno de aquellos días creyó que todo tenía sentido, por fin, y fundamentándose en una intrincada teoría de los similares y un extraño devenir del azar y sus influencias en los sucesos estocásticos, inició una minuciosa traducción de los tres pliegos. Calcó los minuciosos dibujos y sobre ellos fue plasmando, palabra a palabra el fruto de sus elucubraciones. No le resultó fácil avanzar en el trabajo porque por la mañana los textos de los pliegos parecían haber mudado tomando significaciones diferentes a las que la noche anterior Tirso pudo dar por ciertas. Así que una y otra vez se hallaba modificando, a veces volviendo a empezar desde el principio.

Y cuando por fin consiguió dar por finalizado aquel trabajo infinito, se halló con que la librería de viejo de don Benito Zurcido estaba cerrada y nadie supo darle razón de por qué. Hace años que lleva así, le dijeron. Tirso sintió una punzada allí donde duele la verdad. De modo que al día siguiente tomó los pliegos originales, tomó las traducciones que tantos esfuerzos le habían costado, y tomó el ascensor. No era frecuente verle deambular por los pasillos a aquellas horas, así que los que le vieron pasar se le quedaron mirando, sin atreverse a intervenir, tan irreal parecía su presencia. Subió a oficinas y preguntó por el señor Galeote. “¿Quién?” Pero, aparte de los reparos de todo tipo que supuso su presencia en las dependencias de unas oficinas que Tirso no recordaba así, nadie parecía entender que él quisiera hablar con don Romualdo Galeote. Nadie entendía qué andaba ocurriendo. Alguien decidió que debía ser don José Baldovinos quien decidiera al algo al respecto ya que no entendían ni una palabra de lo que aquel individuo que dijo llamarse Tirso Medrano y pertenecer a la plantilla de la biblioteca les contaba acerca de unos

pliegos y de un expurgo que a nadie constaba se anduviera llevando a cabo. Aparecer en los planes sí que aparecía, siempre.

La entrevista con don José Baldovinos sirvió para poco, a no ser que se quisieran aceptar las consecuencias de aquel encuentro como solución a nada. Tirso Medrano tendría que haberse jubilado hacía un buen puñado de años y los pliegos traducidos de los pliegos originales no hacían sino corroborar la primera impresión acerca de la salud mental de quien los entregaba. Tres pliegos tan ininteligibles como aquellos de los que teóricamente procedían. Se determinó actuar de oficio en la jubilación de aquel ser que parecía ahora sumido en una melancolía tan profunda que ni una palabra más se le pudo arrancar. Miraba igual que si anduviera leyendo en el aire que le circundaba. Se buscó un lugar para poder olvidarse de él sin demasiado remordimiento.